

## Salirse y ser feliz: ese común “lugar común”

CRNUMEROBAJO, 29/11/2023

Algunos me habéis conocido a través de [los escritos](#) que he ido enviando a lo largo de estos últimos tres años. Me presenté hace unas semanas en el foro Ágora Coloquios, donde Grace tuvo la amabilidad de acogerme. Agradezco, en primerísimo y principalísimo lugar, todas vuestras cariñosas palabras de ánimo y apoyo. Desde el primer día he sentido que esta es mi auténtica hermandad. Lo percibí al leernos en Opuslibros y ahora en los foros. La institución que dejé no, nunca, fue hermandad ni familia. A los hechos, que luego referiré, me remito para mostrar la profunda falta de verdad que contienen las ideas machacadas de la obra como familia y como el mejor sitio “para vivir y para morir”. Tremenda mentira por las consecuencias que tiene, como muestran los miles de testimonios de las personas que, siendo infelices, nos fuimos... y ahora estamos radiantes y alegres.

Soy uno de los que he seguido soñando en y con “esa cosa”. No me inquieta, solo me despierta. Luego viene la paz. El gozo de sentir y percibir que estoy fuera y soy libre y feliz.

Un día, cuando esté preparado –que no es el caso–, querré compartir con todos vosotros, escritores y lectores, un testimonio más completo. Lo tengo escrito. Al poco tiempo de salir pasé 48 horas transcribiendo todo, sin pausas, a un papel –bueno, me corrijo, más bien son treinta y pico–, con el apuro de no olvidar nada del alud incontenible que, como un tsunami, brotaba de mi mente y mi alma para transformarse en palabra escrita. Purgando, así, la olla a presión que había sido vivir treinta años en el opusdei.

Ahora solo puedo compartir unas líneas que, en mi caso, nunca consigo que sean breves y lineales, sencillas y fáciles; más bien son complejas y angulosas. Enrevesadas incluso. Por eso os pido excusas. De tales líneas testimoniales parten algunas consideraciones de fondo sobre ciertos aspectos capitales del ser del opusdei, tal como los veo. Ideas que he tratado en otras entradas en este foro. Son, en todo caso, consideraciones personales que, en toda lógica, ni pretenden ser, ni son, más o menos interesantes, dolorosas, profundas y verdaderas que otras muchas plasmadas a lo largo de los veinte y pico años de este maravilloso proyecto vital que es Opuslibros. Esas vivencias sí que han manado con “la naturalidad con que mana una fuente”.

Se trata solo un relato más, de una exmiembro/a más. Relación tan singular e importante, tan única y común, como las de cualquier otra persona que las han escrito. Algunas con una ironía, humor y sentido común que muestra la tragedia todavía con más intensidad que un relato dramático [como pueda ser este](#). Cada una en su estilo, en forma y fondo, muestran una parte profunda y radical de la historia de la obra.

Son relatos cuya combinación hace de este foro un arcoiris maravilloso, aunque sea tan doliente. Es arcoiris porque manifiesta los múltiples colores que, transidos de luz, provienen de las muchas voces y sentires, tanto de quien los escribe como de quien los están manifestando verbalmente en los foros Ágora. Como lo serían, se seguro, los de otros muchos que, sintiéndolo por dentro, no lo han hecho por no poder o no querer, o por ambos motivos. Es arcoiris, también, porque esa luz colorida y luminosa, pacífica y gozosa, resulta una alegoría de la paz divina con el ser humano, después de las tormentas de la vida pasada. Se convierte, así, en el símbolo que muestra que aquella voz que nos hicieron creer, mediante el abuso de nuestra conciencia y libertad, no era tal y solo pretendía convertirnos solo en eslabón de una cadena. La verdadera voz, divina si acaso, es esta otra y anida en nuestra conciencia no adulterada.

Viví en, con y para esa institución un poco más de treinta años. Ocupé puestos de gobierno en diversos niveles y labores. Tuve que pasar por tales puestos de esa auténtica loggia de “elegidos” y por muchos lugares y no pocos países para que llegara el momento, mi momento. No sé si este hubiera llegado –y de qué forma– sin, precisamente, haber transitado por tales puestos, en particular como director de diversas labores. Desde que salí ha transcurrido aún poco tiempo. Fue, como a casi todos/as nos ocurrió, [un proceso complejo, tanto interior y exteriormente.](#)

Inicialmente fue un proceso que tuvo, al menos, diez años de crisis silente y otros tantos de crisis barruntada. Un largo itinerario interno, ni verbalizado ni admitido por mí mismo. Me lo oculté con más entrega, intentando doblegar las llamadas de ese supuesto “hombre viejo” en pro de “La” llamada. Finalmente estalló y todo se fue: la pretendida “vocación” –que simplemente no existe–, el puesto y posición que ocupaba, la fe y otras muchas cosas... La deflagración no fue muy controlada y, por eso, generó importantes destrozos en y alrededor de... También fue lo suficientemente potente para que, mientras se producía, apenas hubiera posibilidad de rescate y casi ni lo intentarían... casi... Aunque –por gracia de la genética heredada– ni la psique, ni el ánimo fuerte y deportivo.

El hecho cierto es que necesité un año y pico para, mediante un retiro interior, llevar a cabo un potente proceso de introversión, libre y silenciosa, que me permitiera mi propia reconstrucción como persona. Tuve que armar, con la ayuda de familiares, amigos e incluso una especialista, un nuevo edificio. Utilizando, en gran medida, el andamiaje y la estructura propia y la legada de mi herencia biológica. Aunque quitándole el rastro ponzoñoso –por estar sembrado impuramente desde muy joven– de roña ajena que había dejado el opusdei (alguna cosa, lógicamente, salvé: no todo era ponzoña, ni mucho menos). Ahora estoy en el camino de remodelar, decorar y organizar todo debidamente. Lo más damnificado –no (me) lo oculto– es la incapacidad de sentir algunas cosas, el profundo destrozo que ser numerario/a genera en la afectividad y en la empatía verdaderas. Aquellas que, sin juzgar, apoyan al otro. Todo eso que la obra no crea ni construye; incluso destruye y liquida. En ello estamos. Esa es la nueva y principal tarea de mi vida con la amorosa ayuda –y paciencia– de la persona con quien comparto este renacer a la vida.

Pero no puedo evitar –como no lo han podido hacer otras muchas personas– reflexionar sobre dos temas en torno a mi itinerario opusdeístico.

El primero es el perdón y el olvido. Todos leímos, o nos recitaron, las duras palabras de Escrivá sobre el “rejalgar”. Tal idea, como todas las que la acompañan o justifican, no son, como pretendía su autor, divinas. Tampoco son humanas, ni menos aún misericordiosas. Ni siquiera son verdaderas. Ese rejalgar, fruto de la supuesta traición a la misión, no existe. Es solo un reflejo que la mente crea por la manipulación que recibe, fruto de leerlo y escucharlo en cuadernos, crónicas y libros de meditación matutina lugares. A pesar del vértigo y la necesidad de volver a entenderse a uno mismo y de reconstruirse que supone dejar un lugar tan “seguro”. A pesar de sentirse perdido, como un tonto, negro, pobre, e incluso mujer que seas (dicho sea con permiso de El color púrpura). A pesar de las naturales dificultades de la vida... nada es comparable a la miseria y el abuso de vivir en una supuesta “vocación” de falsa identidad y penoso contenido.

En realidad, una vez despertado a la verdadera vida –la que sí tiene todas sus dimensiones–, ocurre totalmente al contrario al rejalgar. Pasado el shock inicial todo es paz, armonía y felicidad. También se convierten en realidad al menos algunos, cuanto no muchos, de los “normales” sueños, rotos por la imposición obligada de habitar con unas personas, en un determinado lugar y de una forma preconformada, siguiendo el protocolo normativo estricto del opusdei.

Ahora hay alegría, paz, soberanía, libertad, amor, sinceridad pura, amistad, pasión, etc., Gaudium cum pace de verdad. Con todas las palabras con las que nunca lo sentí cada vez que recé las preces (y pedía porque llegara). Auténtico, profundo, radical, envolvente, maravilloso. Ilusionante y esperanzador. ¿Muestra esto que no hubo vocación y, por tanto, todos nos equivocamos? ¿O que no existe la “vocación”?

La cuestión del perdón es más compleja, pues es un camino personal que no viene dado por el hecho de la salida y que tiene reverberaciones continuas y posteriores. Entre ellas los sueños de angustia. Diría, en primer lugar, que no sé si realizar tal acción de perdón es algo necesario. Ni siquiera sabría decir cómo o por qué hacerlo. Tampoco siento, del todo, que me hayan sustraído esos muchos años y esa vida. Aunque objetivamente lo robado (conciencia moral y juicio propio, fe, sueldo, años, diversiones, pasiones, trabajo, amor y amores, etc.) es mucho –enorme, diría– y no precisamente pequeño. Por eso, a la vez, soy perfectamente consciente del tremendo dolor y las profundas heridas sufridas por todos en este asalto a sus conciencias y robo de sus vidas. Al fin y al cabo si la vocación no existía, era un engaño y, por tanto, esos años han sido un abuso, una estafa muy grande. Fraude que la actual coyuntura jurídica que produce la identidad canónica, por más que pueda parecer solo el ropaje exterior, parece demostrar todavía con más radicalidad.

Pero, por alguna razón, personalmente no me siento demasiado ofendido ni agraviado. Soy consciente de que tal sensación quizá existe por la profunda percepción de que todo llegó cuando tenía que llegar. Y de que llegó precisamente por ese camino que transité

y que dejó tal rastro. En gran medida gracias a haber llegado a ese momento y en esa forma he podido vivir este tiempo tan maravilloso, cómo y con quien lo estoy viviendo (que necesita esa comprensión para entenderlo [que relataba Astrid](#). Por eso me siento en una gran y profunda paz. De modo que, visto así, mi ejercicio de perdón y, si acaso, olvido se me presenta como innecesario.

Con todo y lo dicho, tanto la paz subjetiva como el perdón objetivo no están reñidas ni con la verdad ni con la memoria. Al contrario: exigen ambas cualidades. Al menos porque es la verdad que vivimos, ahora sin la deformación interna que producen los anteojos de la deformación doctrinal y psicológica que recibimos. Con caminos mentales sesgados, fruto de la manipulación realizada sectariamente durante esos años con mayor o menor éxito (tan bien decodificada particularmente por EBE).

Tal comprensión exige, al menos en mi caso, un camino científico. La verdad pide ser auto evaluada, entendida y descrita. Necesito descubrir por qué pité y por qué perseveré tantos años en tal lugar. Comprenderlo y ventilarlo. Además, descifrar tal verdad y exponerla a la luz pública es imprescindible como un ejercicio de memoria y verdad históricas, para que no se pierda el relato. Supongo que ese es el primer paso en la curación de las heridas y por eso surgió Opuslibros. A ellos que tanto les gusta la historia de la obra... pues toma: aquí tenemos varios miles de (testimonios) de historias personales. Tan reales como las de quienes perseveraron.

Por todo eso no sé si es terapia, memoria, venganza o resentimiento. O ninguna de esas cosas. O todas las cosas y otras a un tiempo. Desde luego, sea lo que fuere, no me callo ni me callaré. De lo que exponga, por duro que este siendo, no seré yo –ni nadie que escribe su parte en el relato– quienes tengamos que pedir perdón o excusas. Como parece que te exige el juicio que te hacen al decirte que no fuiste fiel a la vocación y que, por tanto, tú eres el mayor culpable de tal fallo. Si todo es un fraude y una mentira, lo justo es que pida perdón quien lo comete. Ni yo ni nadie de los que se han ido han robado nada. Son ellos, y la obra quien sí lo ha hecho, con manipulación y abuso de inocencia, compromiso, lealtad, etc. de la vida de cada uno que lo dejó. Que cada palo aguante su vela

Esta reflexión nos conecta con el segundo punto que quería tratar. La naturaleza de la familia y de la amistad en el opusdei. Si tan claro tengo que no olvido y que debo expresar todo ello... ¿Me sentiría con la fuerza y la valentía para decírselo, y mantener, un debate acerca de estos asuntos a la cara con alguien que sigue en el opusdei? Este podría ser el segundo paso de la curación. Entonces, ¿Por qué exponerlo anónimamente y no hacerlo con todos los datos, como tantos valientes hacéis? (tal sería el tercer paso terapéutico).

La respuesta a la última cuestión me la reservo. Supongo que no soy suficientemente bravo o atrevido. O todavía no estoy preparado para acometerlo. Lo entiendo como algo de quien no quiere volver a victimizarse, enfrentándose al juicio interno que el opus realiza de quien crítica y rompe la unidad; pero que se muestra impermeable al cambio. Para ellos será motivo que abone su idea, falsa, de que todos estos testimonios, por anónimos, son frutos de un resentimiento psicológicamente mal ventilado. Ellos que

tanto saben de manipulación psicológica pero que tan poco la facilitan a sus congéneres). Ellos que son expertos en hacer y esconderse tras los ropajes, hoy inválidos, de su forma canónica; y decir que nunca es la “obra”, y el juicio de sus directores, quienes se equivocan. Más bien son sus miembros a título individual (y ficticio).

Sería perfectamente capaz de decírselo a la cara a quien sea y se disponga a escucharlo. Eso sí, con ánimo abierto, en libertad, con respeto. Si es capaz de no acogerse a los limitados argumentos que la unidad opuseista graba a fuego en los corazones y las mentes. El día que algún miembro de la obra, bien una persona caracterizada, bien una de las personas (muchas) con las que he vivido, se pusieran en contacto conmigo para preguntármelo y conversar sobre ello. O para saber, de corazón y con verdad, cómo estoy. Con ánimo de entender la verdad sobre qué paso y, si acaso, abrir el paso al perdón... Entonces, ese día, podré hablar de todo esto con esa o esas personas. No lo haré –y no lo he hecho en la única oportunidad presentada– si la llamada es solo para intentar re-conectarme con la labor, hacerme cooperador o reconvertirme a su particular forma de entender a Dios, la religión católica y la espiritualidad. No lo haré si intuyo, de cualquier forma, que subsiste el prejuicio de que mi salida, como otras, son consecuencia de la tibieza o algún desvarío mental o interior. Derivados, de un modo u otro, del apartado III, como tantas veces escuche como que caía, de soslayo, de los labios de directores sobre otros ex más o menos caracterizados...

Nunca se produce ese trato o llamada. Por muchos motivos. Analizaré solo los que son la manifestación superficial de los problemas estructurales e internos que otros han analizado con más profundidad en esta web.

El primero y más sencillo, en el cual apenas me detengo es que al ser un ente ficticio, oculto y sin una identidad definida, esconde su voluntad en las indicaciones y normas no-oficiales; pero sin asumir su radical identidad unívoca. Esa unidad que, en cambio, guardan tan celosamente puertas-adentro (maldito sea el que no lo haga). Así, hacia fuera son estructura -y está muy vaciada, pues solo se coopera orgánicamente con ella-, mientras hacia dentro son carisma-espíritu y jerarquía directiva, a la que se obedece sin rechistar (se besa donde pisa). Pero la muestra de esta falsedad oculta es que nada, nunca, está firmado por nadie; es todo “de los directores”. Queda sin airear y solear la identidad propia o la responsabilidad del ente sacrosanto (que es, así, eterno, impermeable, puro e inmaculado). Así que, si acaso, solo recibirás un comentario, tendrás una discreta conversación y, en algunos casos, tendrás una nota sin referencia, ni fecha, ni firma... pero nunca, nadie, asumirá la voluntad institucional.

El segundo, más sustancial es que al irte y con independencia de cómo sea la salida –lo cual puede matizar estas ideas– pasas a ser, en ser y esencia, un traidor. Una persona que miró atrás. Alguien que claudicó. No perseveró. No fue fiel. Aunque ya no sean esos los calificativos que se utilicen directamente, esos juicios queman el ambiente. Entonces, como traidor que eres, al irte, se corta la comunicación y el rastro de tu existencia. Al menos el humano –pues el administrativo-burocrático sigue existiendo, como tantos hemos denunciado–; salvo que sea para intentar volverte a “rescatar” (y entonces con recelos y remilgos, solapadamente ventilados).

En ese momento particular se muestra con toda su crudeza lo que dije al arrancar. La obra, por mucho que lo predique de sí misma, no es una familia y, por eso, ni fue ni será la tuya.

Tus supuestos hermanos/as no fueron esa familia “con lazos más fuertes que la sangre”. Entonces te hubiera acompañado. Pero no: nadie quedó para acogerte y hacerte un hueco, sin reproches expresos o tácitos. Dejándote una cama y un plato, aunque hubiera poco de todo. Tal es el verdadero hogar de la auténtica familia. Su vida en familia es una broma sórdida, pues mediatiza su natural viveza con horarios militares y claustrales para prácticas grupales que, en realidad, agostan la llaneza de la vida, más o menos silvestre, que cada uno necesita en clima de confianza, para crecer. Incluso más, el opusdei trató de cortar los vínculos con tu familia verdadera.

Tampoco tus hermanos o tus directores fueron tus amigas/os. Nadie quedó para que llorases en su hombro suave, como el del genuino amigo que no te juzga. Tal es el rol natural del amigo/a verdadero. Al contrario. La obra mata la amistad. En realidad, no la deja nacer siquiera. La amistad en el opusdei es un aborto consentido. No puede prosperar dentro porque prohíbe la mera existencia el humus en el que se forma. Además, la mediatiza cuando es hacia afuera, puesto que mediatiza la amistad natural a través del el proselitismo y el apostolado...

En definitiva, nadie queda dentro como tu familia o tu amigo, porque nadie era eso. La obra no era la madre guapa con bellos hijos e hijas. Tan solo –me atrevo a pensar– una “hermana pequeña”, numeraria auxiliar de la Administración del centro que dejaste, te echó en falta. Sintiendo, reservada y discretamente, tu falta en aquel pequeño detalle que ojalá tuvieras para quien más desinteresadamente y amorosamente te atendió sin que tú, quizá, te dieras cuenta del todo. Ese ha sido, al menos en mi caso, el rastro más amoroso que guarda y atesora mi corazón. Como alguien dijo, fueron piedras preciosas con sangre y por eso [pedí perdón sin matices](#).

La obra trató de liquidar tus afectos y tus pasiones naturales, conducidas por tu albedrío y tu juicio. Construyendo, en cambio, esa segunda naturaleza del juicio escriturario, siempre “ad mentes patris”, con el que debías medir, pesar y juzgar a todo y a todos lo que pasan a tu lado. Para ellos vale más tener a cientos y cientos de personas hundidas, medicadas, dolientes, tocadas, deprimidas e inútiles –y muertas afectivamente–, y que mueran, a pesar de los pesares, perseverantes así en su obra... que dejar fluir la libertad, el Amor, el aire y la crítica. Así les va. Así lo confirman las firmas. Tozudas como la vida

El opusdei trató de matar todo eso. Pero no lo consiguió. Por eso me dan mucha pena quienes se quedaron y son presos de esa dinámica perversa y autosostenida. Son incapaces de contactarte y estar contigo desde el corazón. De reflexionar, sentirse y de sentirte. De dejar que esa íntima voz de sus conciencias que pudiera pedir eso se imponga sobre las directrices, los criterios, vademécums, praxis, cr’s y el de spiritu. Algunos lo consiguen. Son muy pocos. Los muchos que sí, antes o después, están fuera. Como yo. Como tantos.

Aquí se conecta el espíritu familiar con todo lo dicho sobre el perdón y la verdad. El comprendido y profundo perdón que nos deben no puede ocurrir porque no existe la base humana, de amistad, familia y cariño y amor verdadero, para que ese perdón llegue. La reconciliación –por decirlo de otra manera– no es posible porque una parte, la obra, no acepta, no está abierta a la idea de perdonar. Por si obra es santa e inmaculada, entonces no puede perdonar. Porque si la obra no es, porque no quiere ser, un ente real, sino una ficción que encubre un carisma en unas personas, entonces no es capaz de asumir la identidad suficiente para pedir perdón como tal. Es incapaz moral, legal y vitalmente de hacerlo y eso dificulta, incluso, que los miembros individuales lo hagan. Su actitud queda mediatizada por ese espíritu. Por eso el juicio de “los directores” es incontrovertible. Esto, lejos de pretender justificarla, quiere mostrar la inmoralidad de su actuar como ente institucional y, así, en quien lo dirige y lo administra. El caso de las numerarias auxiliares argentinas y las acciones que están llevando a cabo para lavar su imagen hasta que los Estatutos lleguen, solo abonan este cúmulo de acciones encubiertas de auto-exculpamiento.

Me preguntaba, para acabar, si como una posible forma de “justicia reparativa” que pudiera llevar a cabo la obra con quienes nos fuimos, valorarían de alguna manera ese reencuentro. ¿Podríamos volver a los mismos centros donde vivimos, caso de continuar existiendo (lo cual no es el caso de varios de los centros donde viví)? ¿Nos permitirían visitar el Oratorio (y no hacer la genuflexión reglamentaria)? ¿Nos podría acompañar nuestra pareja, nuestros hijos/as (para contarles los buenos recuerdos, anécdotas y episodios que seguro conservamos en la memoria)? ¿Podríamos entrar en la fue nuestra habitación, quizá por cinco o diez años? ¿Sentarnos en el salón de las tertulias? ¿Entrar a la administración? ¿Ver qué queda de los encargos que hicimos? ¿Sería posible charlar con quienes habitan, quizá incluso con alguno de aquellos con quienes vivimos? ¿Buscar nuestras huellas? Olerlas. Sentirlas. ¿Volver a coger Cuadernos XZY o el vademecum (y –prometo, por delicadeza, hacerlo solo para mí mismo– “mentarles la madre”...)? En una de esas supuestas semanas de trabajo, en Roma o en cualquier región... ¿se admitiría el testimonio/s de varias personas salidas de la obra que no hubieran quedado “en buen plan”? Que dijeran lo que nadie quiere oír...

¿Permitiría la obra todo eso? Mi pareja, menos idealista que yo, me lo contesta: no, no es posible. Porque una secta nunca dejar volver a sus miembros para no sufrir el reflejo de la luz solar. La que pone de relieve, al iluminar, sus malas prácticas. La verdad es que yo creo no que no tomaría tal camino, caso de presentárseme.

Concluyo. Al fin.

En este momento, decía, disfruto de la vida. Todo me ilusiona y maravilla. Mucho más que mi recuerdo de ese supuesto despertar que fue cuando pité; que además de conllevar ese temor subjetivo –prueba diabólica de la llamada divina–, vino aparejado de meses de angustia, lucha y un reacomodo que, realmente, nunca se produjo.

Ahora gozo de hacer la colada, planchar, cocinarme. De limpiar la casa. Pasear sin objeto ni objetivo. No seguir criterios. No tener un plan de vida y vivir para cumplirlo,

examinándolo semanalmente en el círculo. Vivir la pobreza y sencillez de ser lo que puedo ser y no lo que se me impone ser. No tener horarios. Hacer la cama o no hacerla. No ir al círculo. Ni prepararlo y darlo. No tener que hacer la charla ni recibirla de otros por obligación. Dejar de hacer informes y cuadros la labor o revisar los de otros. Olvidar la lista de encargos. No tenerme que confesar. Poder volver cuando quiera. Estar con quien quiera. No vestir de acuerdo con el puesto que ocupo; estar como quiera (por ejemplo, en pijama). Guardar silencio cuando lo necesito. O no. Entonces cantar y escuchar música ¿a deshoras? Sin miedo a ser corregido, enmendado, obliterada mi naturalidad. Hablar de la enmienda como fruto de la reconciliación, pero no enmendarse, de plano y de rodillas, ante un público presente y silente y un Dios que no lo necesita, al menos así. Observar. Curiosear. Sentir. Amar. Criticar. Dialogar. Perdonar. Aceptarme como soy y aceptar a los demás como son. Sin juicios ni categorizaciones. Sin querer cambiar ni redimir a nadie. Sin someter o someterse al juicio del criterio escriturario. No quedar prisionero [del Dios tiquismiquis](#) de las pequeñas –o no tan pequeñas– paranoias de Josemaría, solidificadas por Álvaro y Javier. Dejar ya de vivir en los tiempos de Nuestro Padre para entender los ciclos normales de cualquier persona. Con sus cuitas y sus quehaceres. Sin presiones formales y criterios impuestos por vademécums. ¿Sigo? No hace falta.

Este es mi testimonio-reflexión. Va pasando el tiempo. Las heridas, aunque profundas, cicatrizan y se curan. Ahora sí tengo toda la farmacopea, la de la vida; no la de los criterios y protocolos del opusdei. Se cura en gran medida porque la alegría y el gozo es tan grande que disfruto –y va ya por un tiempo– tanto de todo que apenas me lo creo. Mis primeras entradas en este foro fueron para describir, cáustica e irónicamente, [algunas formas de salir del opus](#) y, antes incluso, para [agradecer a las auxiliares](#) lo que hicieron por mí, por todos nosotros. No es casual que eso fuera lo primero. El corazón habló por encima de todo lo demás. Ahora solo me ratifico en ello.

Gracias y un fuerte abrazo, hermanos y hermanas del Alma dolida, aunque reencontrada, en paz y alegría y, por eso, no perdida.

CRNUMEROBAJO